

EN ESTE NUMERO:

- NEWMAN Y TEILHARD DE CHARDIN, ¿DOS VIDAS PARALELAS?, por M.^a L. Brey (pp. 5-9).
- EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA Y LA CONFESION DE LOS PECADOS, por José L. Larrabe (pp. 11-15).
- PLURIVALENCIA DE «MUNDO», por Veremundo Pardo (pp. 32-31).

editorial

LA IGLESIA ¿FORO POLEMICO?

EL verano, con las posibilidades de viajar, asistir a reuniones, reanudar contactos con personas a las que hace tiempo no se veía..., nos ha dado ocasión de confirmar más aún un alarmante fenómeno que ya hemos comentado en otras ocasiones: la acentuación, cada vez más decisiva y clara, de una presentación de la Iglesia casi exclusivamente como un foro polémico, un sitio en que los hombres se dan cita para discutir desde sus respectivas posiciones, sin avanzar gran cosa... y sin hacer apenas algo que no sea prolongar su interminable discusión.

Vaya por delante que no creemos ni útil ni necesario un monolitismo que, por otra parte, siempre ha de resultar artificioso. Pruebas tiene dadas INCUNABLE desde su fundación, de saber abrir sus páginas al diálogo, de aceptar opiniones contrapuestas, de haber hecho posible la discusión serena cuando apenas se concebía entre nosotros. Y eso no como un fenómeno de resignación ante la naturaleza humana («somos así»), sino por la firme convicción de que el diálogo, tal como lo describió el Papa en la encíclica que le dedicó (hoy tan olvidada), es enriquecedor, fecundo, permite rectificar, planear, avanzar. Cualquiera tiene experiencia de lo que puede ser una reunión bien preparada en que un asunto se estudia, no para consumir un rato, sino para tomar decisiones y trazar un plan de actuación. Y si alguien duda, relea por ejemplo, las Constituciones conciliares y verá, en su riqueza doctrinal, lo fecundo que puede ser el diálogo establecido a escala universal y entre personas bien preparadas.

Pero en lo que no creemos es en la conveniencia, ni aún en la legitimidad, de la polémica «por sí». No nos parece que sea normal que las posiciones polémicas sean las únicas aceptadas y que la discusión tenga la primacía sobre todo lo demás. Nos alarma el vacío que se va produciendo en el trabajo pastoral, el ingente gasto de energías que está exigiendo el contexto cada vez más polémico, que va envolviendo a la Iglesia. Creemos que ésta debe predicar la Verdad, santificar a sus fieles, organizar la alabanza a Dios, cuidar de los pobres y los ignorantes, etc. Y que eso supone una actividad que ha de ser depurada y criticada, planificada y actualizada mediante discusiones leales. Pero en manera alguna estas discusiones pueden llegar a constituir su única, ni siquiera principal, tarea.

El hecho es, sin embargo, que vamos por ese camino. Ante un congreso, una reunión, una revista, un libro, una tarea cualquiera, nos preguntamos ya mucho más por su orientación que por su contenido real. Si alguna actuación tiene varios as-

pectos, y uno de ellos es polémico, tengamos por cierto que ése sólo contará. Si, por poner un ejemplo bien concreto y conocido a fondo por nosotros, una entidad esparce por el país cientos de miles de libros de religión y catequesis para uso escolar, pone por millares en los hogares una enciclopedia orientadora, lleva a mano de los fieles diversos tipos de misales, edita revistas de orientación apostólica o difunde discos religiosos..., pero tiene también una revista con cierto carácter polémico, aunque esté cargada de información, hemos llegado a una situación en que lo único que contará será esa revista. Lo otro ni cuenta, ni interesa, ni es objeto de pregunta alguna. Catequesis, vida litúrgica, apostolado y actuación pastoral... quedan hoy en una penumbra. Vivimos para la polémica, nos alimentamos de ella, vamos necesiándola cada vez en mayores dosis, como el drogado o el alcohólico. Es triste que eso suceda, pero cierto. Antes se nos preguntaba qué se podía hacer en la catequesis, en la Iglesia, en la escuela o en el hogar. Hoy sólo se nos pregunta por la posición de esta revista, el transfondo de este debate, la posición que adopta éste o aquél personaje.

Lo que es tanto como decir que en un mundo que se seculariza, frente a una ingente y creciente ignorancia religiosa, con un programa como el que nos ofreció el Concilio, vamos a transformar la Iglesia en un foro polémico en que, incansables, discutamos sin hacer otra cosa. Más clara traición a lo que su Fundador nos encargó, no creemos que pueda existir.

¿No será hora de rectificar? Antaño, cuando se nos anunciaba una visita solía ser de alguien que traía, mala o buena, una iniciativa. Hoy nos suele traer un tema de discusión o noticias de alguna que está en curso. Aquello podía ser siempre, y lo era de hecho a veces, fecundo. Esto otro va marcado con el sello de la esterilidad. Un clamor, el del languideciente movimiento ecuménico, el de la predicación fluctuante entre los tópicos y la política, el de la catequesis descuidada, el de la desilusión en el terreno litúrgico, el del enfriamiento eucarístico y mariano, el de los seminarios y noviciados vacíos... nos llega por todas partes invitándonos a poner mano a la obra. No para restaurar un autoritarismo que creemos definitivamente superado, sino para unir un clima de fraternal comprensión y diálogo a una labor eficiente, al servicio de lo que Jesucristo quiso que fuera su Iglesia: Signo de salvación entre los hombres y no foro polémico, teatro de interminables discusiones.



18 SEP. 1972

116 -